

CHILE CENTENARIO

Chile, en pos de sus trescientos años de vida independiente.

A propósito de recibir el premio nacional de Arquitectura durante el año 1983, tuve que exponer, las aspiraciones concretas que el arquitecto de entonces veía y soñaba para el futuro de nuestro pueblo y de nuestras ciudades.

Pasados ya más de veinticinco años de esa jornada y revisando lo escrito entonces, he llegado a la conclusión que el País ha evolucionado radicalmente al pasar de una tremenda dictadura a una democracia la que, aún débil, nos devolvió al menos el derecho a pensar y vivir libremente.

Sin embargo, durante estos 28 años, no hemos vivido cambios importantes en lo económico y social que pudieran avenirse con esas aspiraciones que planteaba en mis palabras de aquel tiempo.

Por eso mis reflexiones de hoy están empapadas por mis sueños de ese entonces, sueños que perduran hasta hoy, y se oponen radicalmente al sistema neo-liberal imperante en el mundo, considerado el modelo perfecto de desarrollo, pero que ha modificado profundamente las relaciones humanas.

Somos un país solitario enclavado entre las altas cordilleras y el mar infinito, creer en un destino propio, unido en su grandeza a nuestros hermanos de América, es la única salida realista para nosotros.

Si, aunque somos tan sólo una estrecha faja de tierra, casi un borde, somos también un sólido socalo de esperanzas comunes que en el pasado reciente nos permitió imponer la democracia y comenzar a construir las bases de una sociedad más justa.

Creo, por lo tanto, que a pesar de las apariencias y más allá de mis aspiraciones y anhelos, existe hoy en la sociedad chilena y fuera de nuestras fronteras, un hecho incontrarrestable que se expresa en la nueva toma de conciencia de la necesidad de un cambio profundo en todos los planos de nuestra existencia. Esta convicción mantiene viva en mí -contra viento y marea- la esperanza de días mejores para nuestro pueblo.

No obstante, esa fuerza irreductible de una transformación indispensable, no tiene nada que ver con los "cambios" que reiterativamente vociferan los políticos que hoy postulan a gobernar el país. Ellos hablan de un recambio

generacional pretendiendo resolver el problema con la mera designación de jóvenes en cargos de relativa importancia.

No es la edad de las personas la que envejece el pensamiento y las ideas. Son los pensamientos mismos los que pueden ser jóvenes o viejos sin distinción con la edad de los cuerpos que los albergan. Muchas veces ha ocurrido que desde personas de avanzada edad han surgido los mayores y mejores aportes en la vanguardia de la cultura, de las ciencias y de las artes. La visión de los ancianos puede contener sabiduría y también audacia.

Ese cambio trascendente del que hablo se manifiesta en el rechazo al proceso de globalización neo-liberal que tanto daño ha provocado en nuestros países emergentes, convertidos de la noche a la mañana en meros compradores de productos útiles e inútiles producidos por las grandes empresas multinacionales instaladas en los países occidentales ricos.

Esa vía que borra las fronteras nacionales y arrasa con la cultura propia trastorna las economías y los procesos de desarrollo de nuestros pueblos, poniéndolos al servicio de intereses financieros ajenos a la forma de vida y a la identidad particular de civilizaciones ancestrales.

Ese sistema que preconiza el mercado como regulador perfecto del mundo, va siendo, sin embargo, cada vez menos capaz de producir todo lo que es necesario para subsistir y se muestra incapaz de crear nuevas fuentes de trabajo digno capaz de producir productos competitivos en el consumo globalizado. Es así como nuestros países tienen que conformarse con el rol asignado de entregar sus riquezas naturales, la tierra, el agua, el mar para ser vendidos y transformados en objetos industrializados en otros lugares del planeta.

La globalización de la economía, basado en el mercado como única regla, trae como consecuencia que los pueblos que hoy son pobres lo serán cada vez más, ya que solo podrán ser compradores de productos fabricados por grandes empresas dentro, o más allá de nuestras propias fronteras, y ese consumo es lo único que nos queda a cambio del uso y goce de nuestros recursos que con tantas facilidades legales e institucionales le entregamos al gran capital.

Hoy debemos consumir según las modas, las costumbres y las maneras de ser que se inventan en un espacio de tiempo virtual muy alejado de lo que históricamente hemos sido y aún somos, a pesar de todo.

La dominación convertida en una racionalidad de gobernabilidad que impregna todo y a cada uno de los miembros de una sociedad, no ha logrado sin embargo aplastarlo todo. Pienso que existen hoy centros de pensamiento lúcidos que tratan de encontrar nuevas formas y expectativas para crear en el presente un mundo más humano.

He podido, en mis experiencias como profesor, apreciar muy frecuentemente en los jóvenes que egresan de los colegios y en los que ya están estudiando en las aulas universitarias, esa misma inquietud que me embarga. He podido compartir esa aspiración en la que sueño y darme cuenta de que somos más, que estamos cada día menos solos. Eso me da fuerzas.

Algo vibra en la lejanía, tal vez podremos inventar una forma de vida más armoniosa, más acorde con nuestra cultura.

Como derribar esas monstruosas ciudades donde los seres humanos dejan de ser personas para transformarse en una masa informe de multitudes solitarias y desamparadas? Tenemos que reinventar un hábitat adonde circule transversalmente la diversidad de la sociedad, creando lazos, encuentros, solidaridad. Esa es una tarea que como arquitecto y urbanista aún me planteo. Buscando ir aún más allá de la vivencia que como arquitecto y alcalde tuve, por ejemplo, en la comuna de La Reina.

Como en esos tiempos y en todo tiempo, será necesario que cada cuál haga suya la misión de alentar y capacitar a la sociedad para que en conjunto, todos, profesionales y no profesionales, hombres y mujeres, asuman como suya la responsabilidad de construir una sociedad donde primen los valores de la calidad de vida por sobre la "cantidad" de objetos consumidos.

No es ésta una utopía cándida, puramente un sueño, es la convicción de que un pueblo movido por su vocación de trabajo puede crear la riqueza necesaria, riqueza que bien distribuida será suficiente para conquistar una vida digna para todos. Sé que es posible pero observo la radiografía del presente urbano y veo crecer el monstruo.

Asistimos pasivamente a nuestra propio lento aniquilamiento, continuamos concentrando todo el quehacer humano al interior de los grandes centros poblados los que, al crecer incontroladamente generan el caos propio de las grandes metrópolis que crecen sin orden ni concierto.

¿Por qué casi todo Chile vive en la Región Metropolitana, más bien dicho, en la ciudad Capital y todo el resto del país se mantiene deshabitado?

¿Con qué objetivo se fomenta que más y más gente venga a vivir a Santiago y se disponen para ello enormes superficies de suelo (los mejores de Chile para la agricultura) para ser usadas en provocar más saturación y congestión urbana? No hay razón alguna valedera para que las grandes industrias se instalen donde está el consumo de los productos (Santiago) y no donde están las materias primas a lo largo de todo el país.

Si en vez de éste modelo, pensáramos en un esfuerzo colectivo y asumiéramos la responsabilidad de formar nuestros propios ámbitos de vida, junto a las cosas que amamos, insertos en nuestro paisaje, en nuestro clima y produciendo la actividad de desarrollo más acorde con el entorno, otra historia estaríamos escribiendo. En vez de eso nos dejamos absorber por la vorágine especulativa de los dueños del suelo para quienes es más lucrativo el uso del suelo como urbano que destinado a la agricultura.

Si los pueblos fueran surgiendo y creciendo de la propia tierra como dones preciados aportados por ella. Si así ocurriera, solo entonces lograríamos cambiar la escala de los lugares de vida, cambiar la escala de las obras, humanizar las relaciones sociales, humanizar las construcciones, hacer del trabajo fuente de vida y de ésa alegría que sentimos cuando se puede vivir de una vocación. ¿Será pasar de la sobrevida a la existencia plena el objetivo para toda una sociedad?

Sé cuán difícil será plasmar éste sueño, pero estoy convencido que el sólo hecho de autorizarnos a formular es ya un avance en ese camino por caminar: “Caminante se hace camino al andar”, dice el poeta.

¿Como evitar el hacinamiento de miles y miles de familias en lugares anónimos y territorios sin destino?.

¿Como inculcar el amor a la tierra, al paisaje, a nuestro mar para construir día a día y paso a paso el lugar pleno de belleza y utilidad?

¿Como fundar en el campo la presencia de un mundo compartido, hermoso y pleno de sentido para quienes trabajan la tierra, las minas en la cordillera

y las riquezas del mar? ¿En nuestras costas, como ir instalando nuevos asentamientos humanos, nuevas caletas y bahías que se extiendan a lo largo del territorio para hacer de nuestro océano un lugar fecundo para la economía, para la vida y para el esparcimiento?

Creo que lograr construir esa manera de vivir es obedecer al legado más profundo que nos entrega nuestra geografía y nuestra historia. No acatar hoy esa herencia es lanzarnos al abismo.

Tenemos que inventar nuevos tipos de industrias ligadas a ese suelo y a ese mar donde las comunidades locales extraigan los frutos del trabajo y los transformen, convirtiéndose éstos en la fuente principal de los recursos necesarios para alimentarse e ir creando cultura propia. Recuerdo un estudio realizado por la Universidad Católica en los años sesenta cuando aseveraba que 5.000 familias viviendo en medio de los bosques de ulmos en el Sur del país, podrían fabricar tanta miel de abejas como para aportar más de un 25% de los recursos que producía nuestro cobre. Si esa miel fuera exportada y consumida más allá de nuestras fronteras, podría contar quienes somos y lo que hacemos como pueblo libre y soberano.

Así, el pueblo construyendo libremente su destino, éstos postulados dejan de ser una mera especulación de escritorio y pasan a ser realidades que incidirán en lo más vital de una Nación.

Desde ésta visión, desde ésta mi profesión de fe en Chile y su pueblo, habla el arquitecto que soy, esperando abrir un espacio de reflexión para recoger el imaginario de muchos arquitectos en la construcción de otro modelo de ciudad no para un futuro lejano, sino para hoy, aquí y ahora.

Hasta hoy hemos sido dominados por una fuerza avasalladora que nos exige resolver los problemas de la gran ciudad acarreado con nuestras obras una creciente sobresaturación del medio con las trágicas consecuencias de la polución, destrucción del ambiente que nos rodea, desborde del ya desquiciado ir y venir del lugar de vida al lugar de trabajo, (siempre a varias horas de tiempo) carencia de una infraestructura adecuada y la falta de equipamiento necesario para realizar los programas de salud, educación, trabajo y esparcimiento.

Fatalmente la única solución a éste modelo es mayor concentración urbana y mayor cantidad de vías de alta velocidad las que, supuestamente sirven

para acortar el tiempo y la distancia sin que cumplan, frecuentemente, ni siquiera con estos dos cometidos. Las auto pistas son elementos anti urbanos. Siempre, el encuentro de ellas con la trama de la ciudad, provocará atochamientos insalvables que generarán las mismas angustias sólo desplazadas de lugar.

Se efectúa así irremediabilmente el quiebre de la armonía entre la naturaleza, el entorno y la forma de sobrevivencia. Continuar en ello es también separar cada vez más la ciencia, los avances tecnológicos, el conocimiento de una gran parte de la sociedad. Dos mundos que ya no se encuentran ni se ven cohabitan, unos que tienen acceso a todo, otros que siendo productos del mismo sistema no tienen acceso ni siquiera al derecho de ser una persona digna. La marginalidad es el sistema no su escoria. La barbarie contrapuesta a la civilidad es la condición misma de la dominación, el individuo reducido a administrar su vida como una empresa, éste es el producto humano que estamos reproduciendo aceleradamente.

Si la cultura es todo lo que el hombre hace ligado a sí mismo en vinculación con su medio y en el cumplimiento de sus sueños, no es, entonces, representativo de nuestra cultura, la implantación en nuestra tierra de enormes edificios (la absurda idea de construir el edificio más alto de América al borde de una avenida ya estrecha, angosta y congestionada, en un territorio sísmico es la mayor y mejor demostración de nuestra incultura arquitectónica y ciudadana.

Estoy convencido que si desplazáramos el punto de vista, otra sería la historia. En vez de plantearnos encontrar una solución para los problemas sociales y económicos de grandes masas humanas, deberíamos buscar como crear “barrios”, apoyándonos en la acción protagónica de pequeños grupos humanos que con su esfuerzo, inteligencia y vocación fueran construyendo día a día un mundo más pleno de humanidad y solidaridad. Tal vez así podremos aún restablecer ese equilibrio entre el hombre y su medio, que es el gran atributo de la obra que nos ha donado la naturaleza creada por Dios.

He tratado de transmitir todas mis aprehensiones sobre el futuro de Chile y tal vez, de toda la humanidad, como un grito destemplado lanzado al aire, con la esperanza de poder acelerar en algo el lento proceso de descubrir y actuar al servicio de la mujer y el hombre para que ellos recobren la alegría de vivir sin depender para ello del dinero.

Existen mil argumentos para echar por tierra todo lo que aquí he escrito.

Sin embargo, me hago un deber expresarlo porque tengo fe en que crece la conciencia de que es indispensable re crear una sociedad radicalmente diferente. El modelo vigente ya nos ha dado señales suficientes, la crisis financiera y el desastre ecológico entre otros, de su límite. Se visibiliza cada vez más su verdadero rostro, la evidencia de su fracaso, la incapacidad innata a darle sentido a la vida que vivimos. Ya hay verdidas muchas lagrimas de sufrimiento, ya se ha expandido demasiado la desesperanza y con ella los instintos destructores, el crimen. Basta ya de ceguera y de pasiva resignación. Vale la pena seguir soñando despierto.

Tenemos cien años, un tiempo más que suficiente, para reinventar caminos por los cuales transitar con energía de vida y no de muerte. El arquitecto, el ciudadano que hoy soy está convencido que será en esa otra realidad en la que celebraremos los muertos y los vivos el tercer centenario de nuestra primera Independencia.

Fernando Castillo Velasco.